

HUMANISMO SEMÍTICO EN ESPAÑA: RELATO DE UN DESENCUENTRO

FEDERICO CORRIENTE

Hace aproximadamente una década, en el prólogo a un *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*¹, decíamos que «ser arabista o islamólogo en España es un camino espinoso, incluso algo más que en el resto de Occidente... de resultas, sobre todo, de un problema histórico, social e ideológico: la invasión en 711, y ulteriores ocupación y asimilación de Hispania por los musulmanes, hasta convertirla en Alandalús, fue, como las de América por los europeos, la correspondiente ‘Reconquista’ y todos los casos similares, una atrocidad genocida que sus herederos y los occidentales, en general, nunca perdonarían al Islam y a los árabes». Algo que reafirmaríamos en fecha posterior, al hablar sobre las «Raíces y primeras manifestaciones culturales y literarias del desencuentro de Occidente con el Islam»² y, más recientemente, en el prólogo de otra obra titulada *Romania Arabica*,³ añadiendo que «la conquista islámica y la reconquista cristiana han creado un mutuo rencor que hace tales estudios despreciados y hasta sospechosos de deslealtad ante ciertos círculos conservadores de las ‘esencias’..., impenetrables a los resultados de los esfuerzos científicos por mejorar el conocimiento equilibrado de nuestra personalidad histórica, cultural, lingüística y social».

Es generalmente sabido que, durante toda la Edad Media, no sólo los estados cristianos de la Península Ibérica, sino todos los de Europa Occidental, manifestaron un agudo interés por conocer y apropiarse los logros superiores de la cultura islámica, en su faceta asimiladora de las ciencias de Oriente y la antigüedad clásica, lo que se reflejó en abundantes traducciones, como las que dieron fama a la Escuela de Toledo, a los talleres Alfonsinos, los de Tarazona, Ripoll, etc.,

¹ Madrid, Gredos, 1999, pp. 14-15. Obra posteriormente ampliada y corregida, publicada como *Dictionary of Arabic and Allied Loanwords. Spanish, Portuguese, Catalan, Galician and Kindred Dialects*, Leiden-Boston, Brill, 2008.

² Conferencia pronunciada en la Universidad Internacional «Menéndez y Pelayo» de Santander (25/7/2002), y luego publicada en los *Cuadernos de la Fundación «Marcelino Botín»*, 2004, pp. 183-192.

³ Madrid, Trotta, 2009, pp. 11-12.

peregrinos culturales ultramontanos, y una extendida mitificación del «sabio moro», como han documentado detalladamente J. Vernet⁴ y Manuela Manzanares de Cirre⁵ (pp. 21-31).

Pero las cosas cambiaron radicalmente con el advenimiento del Renacimiento, cuando Europa decidió ignorar su deuda con Oriente, y profesar una fe ya sin quebranto en haber sido la autora única de su progreso, en un ejercicio de «autofalolatría», cuyas consecuencias más negativas vivimos con particular intensidad en las últimas décadas. Es cierto que ha habido episodios particulares de idealización de los musulmanes, fundamentalmente literarios, como los romances de frontera, la novela morisca y, muy posteriormente, los protagonizados por algunos autores durante el Romanticismo, pero afectaban sólo a segmentos reducidos de la sociedad, y en modo alguno compensaban la actitud generalizada en Occidente de desprecio, incluso aborrecimiento por todo lo islámico, en la que había ingredientes religiosos, políticos y culturales, que han llegado en proporciones cambiantes, pero nunca escasas, a nuestros días.

Una temprana acta de esa actitud en España es levantada por Marineo Sículo en 1497, al informar de que en Salamanca se enseñaba griego y hebreo, pero que el caldeo y el árabe y otras «lenguas bárbaras» se habían descuidado por innecesarias.⁶ Casi dos siglos después, nos cuenta también Manzanares de Cirre, al hablar del arabismo en nuestro país en el siglo XVII, «En teoría, sigue habiendo cátedras de árabe en las universidades, pero no se conoce ningún nombre de los profesores que se encargaron de ellas. Al crearse por Felipe IV los «Estudios reales de San Isidro» (1625) para los primogénitos de la nobleza, a cargo de los jesuitas, se organiza la enseñanza del griego, caldeo y siríaco, pero al parecer nadie se acordó del árabe.» La misma autora, cuando escarba laboriosamente nombres de arabistas de tiempos pasados, entre los siglos XVII y XIX, ha de

⁴ En *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978, pp. 172-271.

⁵ En su notable obra *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1972, que luego tendría una secuencia para el XX. Como para dar la razón a los pesimistas en este asunto, las últimas décadas han visto el cierre de la famosa revista y órgano fundamental de expresión del arabismo español, Al-Andalus, por un capricho personal, la supresión del mismo Instituto Hispano-Árabe de Cultura, institución que había sacado al arabismo español de la insignificancia, con sus publicaciones, becas y congresos, pero que fue curiosamente considerada incompatible con la democracia (¿Por haber sido fundada bajo la dictadura!) y, muy recientemente, la supresión, recibida con indiferencia local, del Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo de Zaragoza, que se había hecho pronto tan notorio con actividades parecidas de alta calidad, que ha molestado a algunos herederos de la reducida y controlable familia que algunos quieren seguir siendo, para verse al final de sus días, agónicos y estériles, como el equinoccial Aguirre, el más colérico que divino aventurero, reinando sobre cuatro simios.

⁶ V. M. Bataillon, «L' arabe à Salamanque au temps de la Renaissance», en *Hesperis* 21 (1935)3. En línea con eso, pero en nuestros días, ya se ha oído decir a algún rector de universidad, que «hay que enseñar medicina, derecho, etc., pero el que quiera filología clásica, que se la pague», y no es difícil imaginar lo que hubiera dicho de la semítica.

recurrir a dudosos y siempre escasos casos, como los de Pedro de Alcalá⁷, Diego de Guadix,⁸ Alonso del Castillo,⁹ contados monjes orientales inmigrantes, como Casiri y Hodar, y misioneros como Cañes y Lerchundi, todos ellos más dómimes que profesores, eruditos diletantes como Faustino de Borbón, J. A. Conde, Estébanz Calderón, y apenas puede destacar algunos auténticos cultivadores científicos de esta rama, como P. Gayangos, F.J. Simonet, Pons Boigues y alguno más, antes de llegar a F. Codera, cuya obra ya entra en el s. XX, como inicio de la llamada «Escuela».¹⁰

No nos parece prudente extendernos a la continuación de esa situación, o sea, la de los estudios árabes e islámicos en nuestro país durante el s. XX, en parte por ser ya mejor conocida, en parte por haberla ya vivido muchos de nosotros, lo que nos quita la necesaria distancia para enjuiciarla imparcialmente, y en parte, finalmente, por no ser radicalmente distinta, en lo que se refiere a la escasa proporción de los que los cultivan¹¹ o aprecian, dentro del conjunto de los intelectuales, y a la generalmente modesta calidad de su producción, comparada con las de arabistas e islamólogos de otros países europeos, con un pasado (y pre-

⁷ Del que hubimos de afirmar, tras estudiar concienzudamente su obra en nuestra edición de sus materiales, *El léxico árabe andalusí según P. de Alcalá*, Madrid, Dpto. de estudios árabes e islámicos de la UCM, 1988, p. iii, que «La conclusión inevitable de lo que antecede es que Alcalá nunca pudo comunicarse de manera normal en granadino». Incidentalmente, éste es también el caso de la totalidad de nuestros arabistas del XIX, y la inmensa mayoría del XX, con respecto a la capacidad de utilización normal de la lengua árabe, como nos confirmaba no hace muchos años un colega egipcio, director del Instituto de Estudios Islámicos de Madrid, atestigüando que en el archivo epistolar de la institución, de profesores españoles, sólo se habían recibido cartas escritas en árabe de una única persona.

⁸ Al que, tras aquilatar el contenido de su *Recopilación de algunos nombres arábigos* en unas notas lingüísticas acerca de ellos, publicadas en *Estudios de dialectología norteafricana y andalusí* 9 (2005) 93-114, hubimos de decir que era «una persona que tenía ciertos conocimientos de árabe, los utilizó al máximo como elemento de prestigio para promocionar su carrera eclesiástica..., pero no los cultivó con ahínco, no fue exacto ni sistemático, y sí en cambio se permitió muchas afirmaciones de las que no podía tener ninguna seguridad y que resultaron falsas.»

⁹ Morisco con conocimiento nativo del dialecto andalusí granadino, pero muy ignorante del árabe clásico, como se echa de ver en sus actuaciones como intérprete real, conservadas en el ms. 7453 de la Biblioteca Nacional de Madrid, del que editamos el refranero andalusí, en colaboración con nuestro discípulo y colega marroquí, Hossain Bouzineb.

¹⁰ A la cual hubimos de enjuiciar, con sus luces y sombras, en su andadura del siglo XX, en nuestra contribución «Las etimologías árabes en la obra de Joan Coromines», en el homenaje póstumo *L'obra de Joan Coromines* (ed. Joan Dolà), Sabadell, Fundació Caixa Sabadell, 1999, pp. 67-87, especialmente el epígrafe 2. La «Escuela» española, en pp. 68-69.

¹¹ Es sabido que la «Escuela» se enorgullecía de ser «un gremio escaso y apartadizo», que hacía lo posible por seguirlo siendo, como si se tratase de una minoría de élite. Sobre ello hemos conocido una anécdota, de la que suprimiremos los nombres propios, por tratarse de fallecidos y ser imposible demostrarla con testigos, según la cual cierto catedrático de árabe de la Universidad Central de Madrid, tenía dos alumnos aventajados y prometedores pero, antes de abrirle las puertas a tal futuro, les informó de que no había espacio para dos, sino sólo para uno, de manera que los emplazó a un examen a la vuelta del verano, tras el cual escogió sucesor. A la sazón, había en España sólo tres cátedras de árabe, pero no parecía necesario ni pensable que fuesen cuatro...

sente, tal vez futuro) menos estrechamente ligados con nuestros vecinos del Sur y el Este del Mediterráneo.

Por otra parte, si eso es lo que ha venido ocurriendo con la parcela islámica de nuestro humanismo semítico, tampoco es muy diferente lo que ha sucedido en la bastante conexas, para pesar de algunos, de los estudios hebreos y de judaística en nuestro país, tradicionalmente enlazados con el interés de círculos religiosos por el corpus bíblico de textos caracterizados como «sagrados», un viejo ingrediente cultural, cuyo creciente desarrollo, partiendo del pequeño núcleo inicial hebreo, madurado en Egipto y asentado en Palestina con la característica violencia de la *Völkerwanderung*, ha llegado a dominar casi totalmente el mundo en sus variantes cristiana e islámica, y afectar de una forma u otra a la práctica totalidad de la humanidad, sin olvidar la importancia de su evolución en las propias comunidades judías. Pues hay que reconocer, mal que nos pese, que aunque la Ilustración haya podido enterrar definitivamente, esperemos, las guerras de religión en Occidente, las variantes del monoteísmo y sus rivalidades siguen generando consecuencias indeseables en nuestras opciones sociales y políticas, de manera que cuanto más vitales son aquéllas, más eficaces resultan a la hora de mantener el denuedo con que tradicional y característicamente se han odiado y, en ocasión propicia, perseguido hasta el asesinato y el genocidio las personas más profundamente religiosas de cualquier credo.

En todo caso, el interés que sentían en Europa algunas personas, a menudo miembros de clero, por las tres religiones abrahámicas, produjo un estudio de las lenguas y textos llamados sagrados de acuerdo con la doctrina católica, dogmático y sectario, contrario a la necesidad de examinarlos crítica y científicamente, algo que tampoco cambió demasiado la Reforma de la Edad Moderna. Ya en la Baja Edad Media y, sobre todo, en el Renacimiento, esa curiosidad, antes limitada a versiones latinas y griegas, se había extendido a sus originales hebreos y arameos, incluso a la producción intelectual arábigo-islámica, y no exclusivamente por afán apologético, sino por ocasional o auténtico humanismo, o sea, interés por conocer a los otros, como parte del todo humano. Bajo la Ilustración, ésta sería la tendencia dominante en Europa hasta alcanzar brillantes resultados, aunque ello no supuso la extinción del cultivo sectario y acientífico de las humanidades en seminarios y facultades teológicas de cualquier denominación cristiana.

Hay que reconocer, sin embargo, que en nuestro país, los estudios semíticos, tras auspiciosos comienzos reflejados en la realización de la *Biblia Políglota* de Cisneros y obras de arabística que remontan en más de un caso a la Baja Edad Media, se produjo su cruel yugulación con la expulsión de judíos y moriscos y el férreo control por la Inquisición de todas las mentes que hubieran podido cultivar dicho campo: son de todos conocidas las graves consecuencias que tuvo que afrontar Fray Luis de León por su traducción directa de apenas unas páginas de la Biblia Hebrea, que pasaban a ser ya señas mortales de herejía, pagable en la

hoguera, en quienes, generalmente sólo moriscos, eran hallados en posesión de escritos en árabe.

En este sentido, es llamativa la frecuencia con que se alaba el papel de Cisneros en su protección a las humanidades, a cuenta sobre todo de su patrocinio de la *Biblia Políglota*, y se olvida la barbarie con la que ordenó quemar una cantidad incalculable de obras en árabe, con la que desapareció buena parte de los testimonios de nuestra historia, entre otros libros preciosos.

Bien es verdad que la adhesión a los principios de la Ilustración por algunos de nuestros primeros Borbones volvió a abrir un resquicio a los estudios semíticos en España, aunque no mucho más que un resquicio, ya que las condiciones políticas del s. XIX y buena parte del XX no les permitieron mucho más que una existencia raquíta, incluso más que el resto de las humanidades, y hasta las labores estrictamente científicas.¹² La misma, incidentalmente, que les quieren dejar actualmente los ejecutores del «plan Bolonia», de acuerdo con la norma programática de un conocido estadista populista e histriónico, al que no nombramos por vergüenza ajena y respeto a la seriedad, según el cual la universidad sólo debe enseñar «inglés, informática y religión».

En España, hay que confesarlo, mientras los estudios semíticos florecían en el resto de Europa, no tuvimos hasta el último cuarto del s. XX sino contadísimas cátedras de árabe y hebreo en tres o cuatro universidades, consideradas un exotismo por los intelectuales, y suntuarias por la mayoría de la población letrada. De resultas y hasta la fecha señalada, nuestros arabistas y hebraístas apenas pudieron ocuparse de historia medieval y literatura locales, arte islámico occidental, y otro algo de pensamiento, religiones e historia de la ciencia: nada de lingüística y dialectología, nada de semítico comparado, casi nada de otras lenguas y culturas semíticas, ni siquiera asiriología o egiptología, prácticamente nada de historia o literatura árabe o hebrea fuera de la Península Ibérica, hasta el punto de que algunos de nuestros mejores arabistas y hebraístas hayan considerado tales disciplinas ajenas a nuestras «tradiciones», incluso en estos últimos tiempos¹³.

¹² Pocas cosas ilustran mejor esta situación que la peripecia vital y paradigmática del primer arabista moderno y auténtico de España, D. Pascual de Gayangos, quien adquirió su formación en París, bajo Silvestre de Sacy, y ejerció la mayor parte de su actividad útil en Londres, donde murió (v. Manzanera de Cirre, *op.cit.*, pp. 83-101), muy consciente de lo poco que podía esperar de los lares patrios.

¹³ A esto se refería E. García Gómez, en el prólogo que amablemente escribió a nuestro *A grammatical sketch of the Spanish Arabic dialect bundle* (Madrid, IHAC, 1977), al decir «Pero siempre he pensado que ese respetable y respetado arabismo, útil, atractivo y legítimo, no es tan entrañablemente nuestro como el que estudia el complicadísimo pasado medieval ibérico... En la época en que Argelia, pongamos por caso, estaba casi tan lejos de la ciencia española como la China, los arabistas universitarios de nuestro país podían decir que 'su dedicación profesional acababa en 1492'. Sin embargo, y a diferencia de algunos que se proclaman sus herederos, él añadía, y honraba a su inteligencia el hacerlo: «Claro está que hoy no podemos ni queremos repetirlo.» No lo tienen tan claro algunos de sus autoproclamados herederos, que parecen profesar que, en los estudios árabes e islámicos, no hay salvación fuera de su propia estrecha y

En resumen, un panorama bastante pobre, que sólo empezó a enmendarse en ese último cuarto del s. XX, de maneras que parecen dispendiosas y desproporcionadas a nuestros «bolonizadores» que, no sólo no desean un conocimiento integral de nuestras raíces históricas y culturales, sino que parecen querer ignorar sus consecuencias actuales, por las que aún se derrama mucha sangre y se destruye mucho progreso, pues no debemos olvidar que los promotores de la atrocidad de aquel 11 de septiembre, aproximadamente los mismos que los destructores de los budas de Bamiyan y otras joyas del patrimonio artístico de la Humanidad en Asia Central, salen de la misma tóxica madera que los que proscriben las enseñanzas de Darwin en los Estados Unidos y los que obstaculizan la lucha contra el sida y las investigaciones genéticas en todo Occidente, oscurantistas y, en su propia pura teología, blasfemos, pues creen poder saber lo que piensa Dios y tener el deber de imponerlo a sangre y fuego.

Dos cosas deben quedar claras en cualquier referencia a los estudios semíticos: una, que las orientaciones fundamentalistas o, más generalmente hablando, confesionales, no pueden ser aceptadas como parte de ningún bagaje auténticamente científico, y otra, no menos importante, que el desinterés neoconservador y pseudo-liberal por ésta y otras especialidades humanísticas, bajo el pretexto de que son escasamente demandadas e irrelevantes en la sociedad moderna, constituye una paralela y no menos peligrosa tendencia a renunciar al conocimiento serio y profundo del pasado, característica fundamental del *homo sapiens*, y preconizar en su lugar un nuevo *homo nescius utilis*, sin conciencia social ni cultural, y por ende perfectamente manejable desde el poder político y económico: un desconocedor del pasado y el presente no venal, que no podrá en modo alguno modelar su futuro, aunque él crea, en su necedad provechosa para otros, que no puede dañarle lo que desconoce y no quiere conocer.

No creemos deber dedicar mucho espacio a la improcedencia de las absurdas pretensiones científicas de los fundamentalistas, ya que los mismos textos que les sirven de argumento, atribuidos a un dios, lógica y necesariamente definido como infinitamente bueno, justo y sabio, incurren frecuentemente en la insalvable contradicción de asignarle conductas hace siglos tipificadas como crímenes gravísimos (vgr., castigos colectivos que recaen también sobre criaturas inocentes, como el Diluvio o la destrucción de Sodoma y Gomorra, la repetida y obedecida orden de genocidio contra los cananeos (Num. 31/17, Deum. 7/2 y 20/7, etc.), la aceptación del sacrificio humano de la hija de Jefte (Jud. 11/39), o la de matar a los infieles «donde sean hallados», en Corán 2/191 y 9/5). Aunque, por supuesto,

fementida iglesia. No hace tantos años, fue objeto de la entonces grave acusación de «comunista», lanzada por una persona conocida pero obviamente extremista, un colega bastante alejado de dicha ideología porque, al enseñar historia del Islam, abordó el asunto en las entonces repúblicas soviéticas de Asia Central.

porque son historia de las religiones, o sea, historia, no pueden dejar de interesarnos los ajustes y esfuerzos que hacen los exégetas religiosos por conciliar esas actuaciones con algún tipo de moral, y en definitiva, con la razón. Pues esos pasajes, dogmáticamente básicos y antiguos, han producido manipulaciones textuales que no carecen de importancia para la historia de los textos, cuando no exclusiones de canon, como la sufrida por los llamados «apócrifos» del Antiguo y Nuevo Testamentos, en realidad, versiones tan «autorizadas» como las aceptadas por sinagoga e iglesia, pero de alguno de cuyos pasajes se avergonzaban círculos ya sensibles a la cosmovisión (*Weltanschauung*) generada por la expansión del pensamiento helenístico, de cuño más racional y menos teológico.

De hecho, los textos llamados «sagrados» se han convertido tradicionalmente en un quebradero de cabeza para las mismísimas autoridades religiosas que los esgrimen, sin poder permanecer totalmente ajenas al progreso moral del entorno de su grey, y ello ha producido desde paradójicas prohibiciones de su lectura o traducción, salvo en determinadas selecciones o versiones anotadas, como en el caso de la Biblia dentro del catolicismo, a descaradas falsificaciones de pasajes tan constituyentes como el mismísimo Decálogo, donde la obsesión paulina contra el sexo, ha convertido en los catecismos la mera prohibición de cometer adulterio en una condena general de la fornicación, incluso de meros «actos impuros»¹⁴, cómicos errores de traducción (como el «árbol de la mostaza donde anidan las aves del cielo», a un metro o medio del suelo, habrá de ser, pues más no alza tal arbusto¹⁵, el camello que no podrá pasar por el ojo de la aguja, en realidad y con menos hipérbole, una maroma¹⁶, *aggionarmento* de la exégesis (como el pretender que el permiso para golpear a las mujeres desobedientes en Corán 4/38, un diáfano *īḍribūbunna*, lo sea sólo para desdeñarlas, etc. Naturalmente, este conflicto entre la canonizada intangibilidad del texto «sagrado» y las exigencias del desarrollo de la conciencia moral es por sí sola digna materia de estudio humanístico, dentro de la historia de las religiones, como caso característico de evolución del dios de una pequeña etnia, por compensación psicológica

¹⁴ Que contrasta con la indiferencia ética con que el AT trata la actuación, para nosotros claramente rufianesca, de Abrahán cuando literalmente prostituye a su esposa Sara con el faraón (Gen. 12/11-20), conducta que luego repetirá Isaac en Palestina (Gen. 26/6-11), o con la prostitución practicada por los patriarcas (cf. el episodio de Judá con Tamar, en Gen. 38/16-20, donde se da como anodino el hecho de que el patriarca epónimo del judaísmo se procurase los servicios de una ramera), etc.

¹⁵ Es evidente que, en un descuido de la inspiración «divina», se ha leído el gr. *sinapi* «mostaza» donde estaba el nombre fonéticamente parecido de una conífera, probablemente el arameo *šmubar*, de origen iranio (v. nuestro *A Dictionary of Andalusī Arabic*, Leiden-N. York-Colonia 1997, p. 311).

¹⁶ Donde un reflejo arameo del gr. *ēgoumēne* «maroma, gúmena» (étimo brillantemente resuelto por J. Corominas) ha sido leído como *gamlā* «camello» (no «dromedario», como tan lamentablemente confunde el *Diccionario* de la RAE, ignorando que camellos son tanto los de dos, de Bactriana, como los de sólo una joroba, salvo una subespecie de los segundos, capaces de correr, como su étimo griego indica).

en extremo inmisericorde y celoso, según su auto-definición¹⁷. Un dios aceptado a regañadientes por un pueblo que malvive entre vecinos fuertes y poderosos, que le acaban imponiendo a aquél hasta su propio nombre,¹⁸ hasta convertirse en un ser cósmicamente supremo y excluyente de los demás, que ya no puede permitir ciertas reminiscencias de su pasado, que sus adeptos y sus cleros intentan borrar, al tiempo que pretenden imponer a toda la humanidad la dicotomía «(nuestra) religión ≠ paganismo = ateísmo», tan irreal como innecesaria. Una dicotomía que es la premisa para el exterminio, grato a la divinidad, del disidente, algo tan relevante como que nos afecta casi a diario en Oriente Medio, en Asia Central y en las mismas ciudades de Europa y América..

Desde la Ilustración, el enorme y merecido respeto que su mensaje se ganó, desde un principio y hasta no hace muchas décadas, permitió o mas bien forzó una especie de elegante pacto entre caballeros, por el que se cultivaba los estudios semíticos tanto en instituciones religiosas y facultades de teología como en las laicas de humanidades, evitando mutuos anatemas, soslayando la polémica e interesándose más en la materialidad del mensaje que en su interpretación dogmática o crítica. De ello se han derivado grandes progresos en el conocimiento, no sólo de esos textos y las lenguas en que se han conservado, sino de varios milenios de historia y cultura de una amplia área, fundamental para toda la humanidad. Incluso, puede decirse que estos estudios han resultado germinales y proporcionado el paradigma y las técnicas para abordar la historia y protohistoria de otras religiones y regiones señaladísimas, desde la India y el Extremo Oriente a las culturas precolombinas del hemisferio occidental.

La humanidad, sin embargo, atraviesa constantemente ciclos y evoluciona, no siempre hacia posiciones de progreso, puesto que sus ocasionales y penosos retrocesos están harto bien documentados. Las circunstancias han cambiado bastante y sorprendentemente en las últimas décadas, permitiendo el renacimiento de variantes más o menos radicales y hasta hace poco muy desprestigiadas del fundamentalismo, que tratan de reconquistar el espacio perdido, en una peculiar

¹⁷ En Éxodo 20/6 y 34/14 y Deuteronomio 5/9, donde además amenaza con vengarse de sus enemigos «hasta la cuarta generación», algo tan incompatible con un concepto normal de justicia como tener un «pueblo elegido», discriminando a los demás. Evidentemente, se trata una vez más de un dios creado a imagen y semejanza del pueblo que lo eligió en aquellas duras e inmaduras circunstancias.

¹⁸ O sea, el cananeo Elohim, en lugar del madianita Yahweh, supuesta autodesignación que resistió mal la adopción por los hebreos de la lengua de Canaán y la enorme influencia cultural de sus habitantes, a los que en vano intentan exterminar, azuzados por dirigentes que temen la asimilación incluso religiosa, sin poderla evitar en buena parte. Curiosamente, es el exilio en Mesopotamia el que lima muchos anacronismos y genera para esta comunidad una nueva fase, en adelante llamada judía, internacionalizada lingüísticamente por el uso del arameo, luego del griego y otras lenguas de diáspora, y puesta al día en sus conceptos y ritos religiosos, capaz ya de dar el salto a la universalidad, aunque en buena parte ya por la acción de sus hijuelas cristiana e islámica.

y tácita alianza contra la Ilustración con las formas más radicales de materialismo, bajo disfraz de liberalismo, incluso de multiculturalismo.

El siglo XX ha hecho un enorme consumo de ideas, idealismo, estética y acción a menudo violenta, y una de las víctimas del desgaste consiguiente, material y moral, ha sido la concepción, que teníamos por adquirida y ya inamovible, del hombre como ser racional, perfeccionable por el conocimiento y la sensibilidad, a los que aspira permanentemente. El nuevo modelo del s. XXI, aupado por un ahora ya renqueante sistema económico y una asténica estructura social, que no queremos o podemos cambiar, no quiere conocer ni sentir, salvo lo más inmediato, consume pero no asimila, contamina y no recicla, lee algo, pero nunca historia, si reza, lo hace de manera ritual, no para elevar el alma hacia valores supremos, sino para garantizarse la eternidad como una mercancía más y, desde luego, ni practica la verdadera caridad, único núcleo salvable de la religión, ni reflexiona sobre su base racional, la metafísica, ni tampoco evoluciona hacia estructuras sostenibles económica y socialmente. Es el reverso del humanista ilustrado, y no puede extrañar su aversión a las humanidades, que son su antídoto, antítesis y condena. Por eso a tantos convence la necesidad de «bolonizarse», es decir, dejar de gastar tiempo y dinero en materias esotéricas, filológicas, como ya dicen con desdén algunos de nuestros mismos compañeros, tráfugas aferrados a su lugar en la penumbra, que piensan poder sobrevivir con la complacencia, incapaces de distinguir lo suntuario de lo superfluo.

En estas circunstancias no podemos excusarnos con la llamada « corrección política», cuando somos objeto de un ataque deliberado y violento, ni debemos resignarnos: hay que luchar contra tan deletéreas corrientes, que nos quieren llevar a un sombrío futuro, sin libertad de pensar, sin árboles y con mascarilla. Los semitólogos, humanistas algo peor considerados que los demás, como hemos visto, seguimos teniendo dos misiones inacabadas e inexcusables, aunque mal comprendidas:

1. Continuar el cultivo de los estudios semíticos, en sus diversas parcelas o interrelacionados, y defenderlos de los intentos de devaluarlos y suprimirlos, puesto que no contienen meros datos curiosos de un pasado lejano e irrelevante, sino una parte fundamental del esqueleto de las culturas occidental e islámica. Su conocimiento es pasaporte necesario para evaluar sus aportaciones y peligros, y mantenerlas en diálogo y alianza, no ya como único fundamento racional, moral o estético de la personalidad humana, puesto que los tenemos mejores, contruidos en parte a partir de ellos, sino también como concesión tolerante al derecho a no usar exclusivamente la razón y a no prescindir de lo que aún puedan tales visiones aportar a amplios sectores de la humanidad, siempre y cuando reciprocen la tolerancia.

2. Al margen de ese quehacer profesional, y junto a los demás humanistas, debemos concienciar a la sociedad del peligro catastrófico que supone la deshu-

manización que preconizan tanto los fundamentalistas, con su inadmisibile exigencia de irracional sumisión a su pobre interpretación de muy problemáticos textos, como la mentalidad neoconservadora, enemiga de la Ilustración y su rica herencia de derechos humanos, racionalidad, derechos de la mujer, del niño, de las minorías, etc., porque, para ese modo de opinar, el pensamiento libre es un mero obstáculo para la libre actividad económica, única que realmente les interesa, al precio que suponga esa «libertad» de una «selecta» minoría.

Como conclusión debemos volver al principio: los estudios semíticos son tratados actualmente aun peor que otras humanidades, hasta el punto de ser un camino de espinas, no sólo en nuestra patria, sino en todo Occidente, que prefiere verse como un mero desarrollo de la cultura clásica greco-latina y no tener que agradecer nada a Asia ni África, en particular a los semitas que pueden presentarle facturas vergonzosas, como la de quién les enseñó el alfabeto, les trajo la numeración decimal, o les devolvió la filosofía griega, celosamente arrasada por el cristianismo. Con la cultura ocurre como con la técnica: los inventos requieren unas instrucciones de uso, y se puede sobrevivir sin la mayor parte de ellos, incluso sin algo tan elemental como la rueda, pero el precio de rechazar el progreso, de no distinguir el verdadero del aparente, o de ignorar raíces aún vivas, es siempre demasiado alto. Todos sabemos que la Tierra no será habitable en algún momento del futuro, y que mucho antes se habrá extinguido inevitablemente el género humano, pero no contribuyamos con tanta prisa y denuedo a que lleguen esos últimos siglos, la fase de deshominización.